

nudo; es un verdadero consuelo para mí. Os pido ahora un Gury, *Teologia moral*, y Darras, compendio histórico de la Iglesia.

«Buena salud, y el retiro marcha siempre bien; es esto de-  
ciros que no engendro la melancolía. *Fiat!*»

Además, escribe con otra dirección: «No os inquieteis por los alimentos calientes. He mandado alguna vez á buscar algo caliente por el mandadero, pero los hambres no me causan daño. Es admirable como uno se acostumbra á todo! Podeis bien decir que despues de todo, no soy en modo alguno digno de lástima. Recibo mucho mas de lo que necesito. Sin embargo tengo un gran consuelo, y es, cuando tengo demasiado, el enviar algo á esos desgraciados por los cuales nadie se interesa. Si pudiera con igual facilidad ayudarles á encontrar la vida del alma!»

En fin, con la misma fecha 9 de mayo, encuentro esta carta del P. Caubert: «No sé de que manera me he encontrado abocado á hablaros de la tranquilidad y de la confianza que Dios me concede, en su bondad.

«Creo que era para tranquilizaros un poco respecto á mí, enseñándoos que Dios está siempre con sus siervos en medio de la prueba, á fin de fortificarles. Pero el sostén interior es un dón de Dios, y este no impide á la naturaleza el sentir alguna vez que ella preferiria no encontrarse entre cuatro paredes. Así estas flaquezas sirven para hacerme comprender mejor que mi valor no deriva de mí, y que debo agradecerlo á Dios, autor de todo dón y de todo bien. Lo que sirve mucho para reanimar al alma en las grandes pruebas, es pensar á menudo en el amor de Dios hácia nosotros: ¡cuántos testimonios de él no se encuentran,

cuando entramos en nosotros mismos! Lo es tambien el tener confianza en la accion de la divina Providencia, que es siempre misericordiosa, apesar de sus aparentes rigores. Porque Dios, que es nuestro Padre y que nos ama, se propone siempre, en todas nuestras pruebas, el bien de nuestras almas, es decir, el curarnos, perfeccionarnos y hacernos llegar á la felicidad celestial. Cuando por la fe se está penetrado de esta verdad, no se turba uno por ninguna prueba, espera contra toda esperanza, y se esfuerza en perseverar en la oracion, que obtiene la paciencia y el abandono filial entre las manos de Dios. Trato de penetrarme de estas verdades que ensanchan el alma y nutren la confianza, en medio de todas las circunstancias, cualesquiera que ellas sean. La providencia de Dios es tan admirable, emplea resortes tan inesperados, tan opuestos en apariencia á lo que se desea! Cuando todo parece perdido, entonces es cuando Dios se muestra, á fin de que no contemos mas que con él solo. Quién no ha hecho esta experiencia, en medio de esas luchas, de ordinario tan penosas y tan prolongadas de que la vida está llena? Rogad por mí!»

10 de mayo.— Reuno bajo esta sola y misma fecha todas las cartas que el P. de Bengy dirigia entonces á su familia, á la señora condesa de Foucauld, su hermana, á la señora condesa de Montsaunin, su tia, y en fin á su digna y venerable madre. Contento y confiado, sin miedo ni reproche, no sabe mas que repetir: «Me hallo perfectamente bien; desde el 3 de abril, no he experimentado el menor dolor físico. Estoy tratado lo mejor posible y no me aburro. Estoy muy acostumbrado al pan de la cárcel y duermo perfectamente en mi hamaca. Estoy, segun me parece, tranquilo y resignado.»

El 11 de mayo, el P. Caubert da cuenta de la visita que acaba de recibir del Ministro plenipotenciario de los Estados Unidos: «Parece dice él, que le he sido recomendado por uno de sus conocidos. Ha venido muy cordialmente á saber como verdadero americano, como me encontraba y si tenia necesidad de a guna cosa.»

El 12 de mayo, el P. Olivaint escribe: «Hoy hace un mes que estoy en Mazas! Ah! ciertamente, no habia jamás previsto que vendría aquí algun día. Despues de todo, cuando se vive aquí con Dios, puede uno encontrarse bien hasta en Mazas.

«He recibido vuestra carta y tambien vuestras provisiones: gracias todavía, todavía y todavía! Pero observad bien: *botecitos y cajitas, mejor que grandes cajas y grandes botes*. No me cuesta ningun trabajo el ocuparme. Dia treinta y ocho de mi retiro. Tendré pues tambien mis cuarenta dias en el desierto; y mas que esto. Pero falta el ayuno y no podeis vanagloriaros de haber imitado á los Angeles, vos que tan á menudo me socorreis. Que Nuestro Señor no os deje tampoco languidecer, y que os dé bien pronto la fuerza interior y la vida. Valor y confianza, siempre y aun cuando..... mi antigua divisa, siempre nueva.»

Debo aquí, y creo poder ahora explicar un pasaje enigmático de esta carta, y es esta preferencia singular del P. Olivaint por las *cajitas* y los *botecitos*.

Pues bien! bajo este reinado de la libertad, en que Dios mismo y Dios sobre todo no puede pasar mas que á la sombra del misterio, era aquello ni mas ni menos que la fórmula convenida para designar la sagrada Eucaristía. Nuestros cautivos de

Mazas estaban hambrientos del *Pan de los fuertes*. Pero eran indispensables los preparativos mas delicados, precauciones infinitas para garantizar la trasmision fiel y segura á través de las formalidades de la vigilancia. En fin, qué no puede la industriosa prudencia de la caridad? Dentro de poco, volverémos á encontrar todavía á JESUS en Mazas.

El P. Caubert escribia tambien el mismo dia: «Estoy muy reconocido á las oraciones que tienen la caridad de hacer por mí. A ellas atribuyo las disposiciones en que me encuentro, en medio de la prueba á la cual ha querido Dios someterme. Siento reanimarse mi alma, cuando pienso que no estoy solo en orar, sufrir y ofrecerme á Dios Nuestro Señor. Me complace el sentirme apoyado por las oraciones y los méritos de los demás. Traigo á mi memoria el recuerdo de aquellos á los cuales me une la caridad de Nuestro Señor JESUCRISTO de una manera mas íntima. Los busco así en el cielo como en la tierra, y este recuerdo de todos los amigos del corazon de JESUS me llena de consuelo y me da la confianza de que mis súplicas serán atendidas.

«Las meditaciones de este mes son aun bien propias para elevar el alma y fortificarla. Estudiando el corazon de la Virgen Santísima, no se vé en ella mas que olvido completo de sí misma, puro amor de Dios y generosidad en el sacrificio, para cumplir en todo la voluntad de Dios; y entonces, como por un atractivo especial, de la gracia unida á este estudio de la vida interior de la santísima Virgen el alma se siente como arrastrada, suave y fuertemente, á querer practicar las mismas virtudes, á fin de agradar á Dios y glorificarle. Me he propuesto este estudio para este mes, esto me ocupa utilmente, y me ayuda

además para recomendar á menudo á la Virgen, París y la Francia.

«Rogad por mi, á fin de que el valor no me falte, porque es un don que es preciso pedir á Dios.»

El 13 de mayo, tenemos algunas buenas palabras del P. Caubert: primeramente está contento de su calabozo: «Está situado al mediodia, con buenas luces, no puedo distinguir mas que el cielo, pero esto ya es algo, cuando se tiene la costumbre de elevar su alma á Dios. Muy digno de lástima es el prisionero, cuando no tiene fe, ni costumbre de rezar, mucho debe sufrir en su aislamiento! Pero con la fe, qué diferencia! El alma no está ya sola; puede entretenerse con Dios, nuestro Padre celestial, con JESUCRISTO, su salvador y su amigo, con los Angeles, sus hermanos. En esos momentos de desfallecimiento (porque cada cual tiene los suyos) el alma se reanima y se fortifica con la plegaria, y no tarda en recobrar, con el auxilio de la bondad de Dios, la fuerza, el consuelo y la confianza.»

A mas, augura bien el porvenir: «Tengo la conviccion, escribe, que se verá muy pronto á todos los corazones comprenderse y unirse en un mismo espíritu de concordia y caridad. Sin duda será esto una gran felicidad, para todos. Pero tambien necesitamos pedir con instancia esta gracia á Dios; porque este cambio admirable depende sobre todo de su misericordia infinita y de su omnipotencia. No es acaso Dios el dueño de los corazones y nuestro Padre comun?»

«Confieso que en mi celda carcelaria, este pensamiento me sostiene, me consuela y me ayuda á soportar mas de una desazon. Por fin, Dios bondadoso me concede, con una gran tranquilidad de alma, la mas completa confianza en él, un abandono

filial entre sus manos y el valor para cumplir su voluntad en la situacion en que me encuentro.»

Tales eran todavia los sentimientos del P. Caubert cuando, á la semana siguiente recibió la visita de Mr. Rousse, decano del colegio de abogados, al cual no era desconocida la familia de nuestro hermano y que se habia encargado con muy buena voluntad de presentar su defensa ante el tribunal de la Commune. Se vieron en la sala de abogados; el P. Caubert vestia traje seglar; llevaba la barba y todo su bigote, y este insolito atavío, unido á su exterior miserable, hizo titubear al principio al que le visitaba el cual no le conocia personalmente. M. Rousse ha consignado en notas que tenemos á la vista las impresiones que sacó de aquella entrevista. «Yo me nombré. Cambiamos nuestros recuerdos. Sin conocernos estábamos en país amigo. Hablamos de su padre, que habia sido uno de mis antecesores cuando yo vine al foro, de su hermano el coronel, que ha sido mi camarada de colegio en San Luis. Despues, espontáneamente, sin que me dirigiera ninguna pregunta sobre su posicion, le dije como á los demás (Mons. el arzobispo de París y M. Deguerry) lo que sabia y lo que esperaba. Me escuchaba con la mas sincera indiferencia, sonriendo siempre y teniendo el aire de pensar: A qué todo esto? En fin me dijo: «Os doy mil gracias por lo que haceis. Será lo que Dios quiera. Si quieren matarnos dueños son de hacerlo.» Y apartándose enseguida de lo que á él atañía: «Es una gran prueba para el país, dijo, y que lo salvará.» Como le manifestase mis dudas respecto á este punto. «En cuanto á mí, me dijo, con la mayor calma, no lo dudo, estoy seguro de ello, creo firmemente que Francia saldrá de aquí regenerada, mas cristiana y por consiguiente mas fuerte que nunca.»

M. Rousse concluye su relación en estos términos: «Al cabo de una media hora, menos quizás, me levanté algo molesto y no encontrando mucho que decir á un hombre de tal temple y cuyo valor me parecia tan fuertemente superior al mio.»

El 14 de mayo, he aquí un recuerdo del P. Olivaint: «Una palabra para atender á vuestra amable reclamacion.—Gracias todavía, debo siempre empezar por aquí. Tened bien presente que no olvido á mis amigos; como dispongo de mas tiempo, ruego mas por ellos.

• He aquí sin embargo seis domingos pasados en la sombra. Cuantos dias sin acercarme al altar! ah! cuando se está privado de un bien, cuanto mejor se aprecia su valor!

• Continúo habitando en el piso bajo. No dejaría de reclamar al médico, M. de Beauvais, si verdaderamente tuviera necesidad de un cambio, para mi salud. De otro modo prefiero tomar las cosas tal como la Providencia las ha dispuesto por sí misma. Me parece que oigo á nuestro Señor decirme: déjame hacer de tí lo que yo quiera. *Amen!*»

15 de mayo.— En medio del mes consagrado á María, amaneció en fin un hermoso dia, dia de gracia y alegría, que presagiaba otro próximo ya de sacrificio y de gloria. Los cautivos de Mazas no dejaban de repetir al cielo y á la tierra: *Veni Domine Jesu!* Ah! Venid JESUS Señor nuestro. *Etiam, venio cito!* Sí, se les respondió, héme aquí que vengo. En efecto, de pronto las puertas se abrieron, los prisioneros no salieron, pero JESUS entró. Sin embargo durante la mañana de este bello dia el Deseado no habia aun llegado.

El P. Clerc escribia con su gozo acostumbrado: «Vuestro recadito me dá gran consuelo y alegría; os estoy muy agrade-

cido y os suplico que me continueis este buen socorro. Me los haceis esperar todavía mayores, sea en buen hora. Dios es tan bueno para nosotros!

• Continuo ocupándome en las matemáticas y preparando mis clases; con esto y los ejercicios de piedad, desaparece el dia. Entreveo un rayo de luz y aguardo mejores tiempos para nuestra desgraciada patria. Estoy, por el presente contento siempre de estar preso, así, estad tranquilo respecto á mí.— Que Dios os bendiga por vuestra caridad! Mis saludos y afectuosos recuerdos á todos los amigos en JESUCRISTO.

«Oh! como la separacion hace distinguir el sitio donde el corazon ha colocado su amor!»

El P. Olivaint, por su parte, enviaba al P. Lefebvre, que habia quedado de portero y guardian de la casa de la calle de Sèvres, el siguiente mensaje lleno de los mas afectuosos deseos: «Vuestra esquela me ha sido entregada, tranquilizaos pues. Cuánto agradezco al Sr. Director el haber dejado pasar esta carta! Y cuánto os agradezco el que me deis noticias, por tristes que sean! Tienen esta ventaja, al adquirirlas, cuando son tan tristes, el excitarme á orar mas todavía y ofrecerme mejor todavía á Dios, durante los dias de esta bendita reclusion.

«Qué Providencia el que hayais podido quedaros ahí! Cuán manifiesto es para mí que el Señor lo ha dirigido todo! — Heme ya en el dia cuarenta y uno de mi retiro. A partir desde hoy no voy á meditar mas que sobre la Eucaristía. No es acaso el mejor medio de consolarme de no poderme acercar al altar? Si fuera pajarito, iria todas las mañanas á oír misa en alguna Iglesia y volvería despues voluntario á mi jaula.

«Recordad á todos mis afectos. Una palabra sobre todo á Ar-

mando. Cuanto pienso en él! Sufre mas que yo, estoy seguro, y su amigo tambien.»

Hacia medio dia solamente llegaban á Mazas los botecitos y las cajitas tanto tiempo esperadas. Creo con esto decirlo todo. Habia para los PP. Olivaint, Ducoudray y Clerc; pero no, ay! esta vez, para los PP. Caubert y de Bengy, no se habia sabido aun arreglar el asunto para ellos. Cada uno de los tres privilegiados recibía por su parte cuatro sagradas formas, y cada cual debia conservar y llevar sobre su pecho, como sobre un altar vivo, *al Dios de su corazon y su herencia para la eternidad.*—Los prisioneros estaban avisados de la ingeniosa y audaz tentativa y debian en el momento dar cuenta del éxito.

El P. Olivaint se apresuró á mandar en la tarde del 15 de mayo este pequeño aviso:

«Ya no aguardaba nada hoy. Mi sorpresa y diré mejor mi consuelo ha sido con tal motivo mayor. Gracias pues todavía! Mil millones de gracias!

«Me he ocupado del Espíritu Santo, durante mi retiro; voy ahora á meditar sobre la Eucaristía.»

La alegría del 15 de mayo no podia desaparecer en un solo dia. El 16 de mayo, no habia en Mazas mas que una exclamacion de reconocimiento. El P. Clerc dice á uno de sus hermanos: «Todo ha llegado en perfecto estado, y todo estaba dispuesto con una industria y habilidad admirables. Prefiero dejar á vuestra piedad el retratarse mi gozo que tratar de hacerlo con mi pluma. Pero creo con seguridad poderos decir que desafio á todos los acontecimientos. No existe ya la cárcel ni la soledad y tengo confianza en que si Dios permite á los malvados el satisfacer todo su ódio y prevalecer durante algunas horas, se les sobre-

pondrá en aquel momento hasta por medio del mas débil y mas vil instrumento.

«Bendigamos á Dios con todas nuestras fuerzas, porque ha redoblado para nosotros sus beneficios. Adios. *Pax et osculum in Christo.* (1)»

Mas he aquí del mismo dia, y aun sobre el mismo asunto, la última carta del P. Clerc, y verdaderamente su *nunc dimittis.*

«Oh Dios mio, cuán bueno sois! Y cuán verdad es que la misericordia de vuestro corazon no quedará jamás desmentida!

«Y nosotros, cuanto agradecimiento, cuantas acciones de gracias no os debemos? Despues de haber repetido mil y mil veces la espresion de mi imperecedero reconocimiento, y haberos ofrecido bajo un nuevo título los flacos servicios de un corazon sincero y leal sin embargo, me resta solamente el desearos que el don que nos haceis os sea siempre hecho á vos mismo, y sobre todo en los dias de prueba.

«No me habia atrevido á concebir la esperanza de tal bien! poseer á Nuestro Salvador, tenerlo por compañero en mi cautiverio, llevarlo sobre mi corazon y descansar sobre el suyo, como lo permitió á su muy amado Juan. Sí, es demasiado para mí, y mi pensamiento no lo alcanzaba. Y sin embargo tal sucede. Pero no es verdad que todos los hombres y todos los santos juntos no se hubieran atrevido jamás á concebir la Eucaristía? Oh! cuán bueno, cuán compasivo, cuán previsor, es el Dios de la Eucaristía!

«No es verdad que parece todavía hacernos este reproche: *No pedis nada en mi nombre, pedid pues y recibiréis.* Lo

---

(1) Os deseo la paz y os abrazo en el Señor.

tengo sin haberlo pedido; lo tengo y no lo abandonaré mas, y mi deseo de tenerle, muerto á falta de esperanza, se ha reanimado y no hará mas que aumentar á medida que durará la posesion.

¡ Ah cárcel, querida cárcel, tú, cuyos muros he besado diciendo: *bona crux!* qué beneficio no me vales! No eres ya una cárcel, eres una capilla. No eres para mí ni tan siquiera un lugar solitario, puesto que no estoy solo, y que mi Señor y mi Rey, mi dueño y mi Dios, moran aquí conmigo. No me acerco á él solo con el pensamiento, no es solamente por la gracia como él se acerca á mí, sino que real y corporalmente ha venido á encontrarme y á consolar al pobre prisionero. Quiere hacerle compañía; lo quiere, y dejaria de poder acaso, puesto que es omnipotente? Pero tambien qué maravillas para llevar á cabo tal intento! Y vos estais comprendido entre esas maravillas de la ternura del corazon de JESUS para su indigno siervo.

« Oh dura siempre, cárcel mia, que me vales el llevar á mi Señor sobre mi corazon, no como un signo, sino como la realidad de mi union con él! en los primeros dias, he pedido con gran instancia que Nuestro Señor me llamase á un testimonio mas excelente de su nombre. Los peores dias no han pasado todavía: al contrario se aproximan y serán tan malos que la bondad de Dios deberá abreviarlos, pero en fin ya tocamos á ellos. Esperaba que Dios me daria la fuerza de morir bien; hoy mi esperanza se ha convertido en una verdadera y sólida confianza. Parece que lo puedo todo en él que me conforta y que me acompañará hasta la muerte. Lo querrá él asi? Lo que sé, es que, si no lo quiere, tendré de ello un pesar que solamente la sumision á su voluntad podrá calmar.

« Pero si él lo quiere, cuan grande parte tendréis en este beneficio de la fuerza que me habrá prestado! »

El P. Ducoudray nos manda tambien su ultima carta: concluye con la *alleluia* en el corazon y el *fiat* en los labios.

« Todo lo he recibido. Qué sorpresa! qué gozo! Ya no estoy solo, tengo á Dios por huésped en mi pequeño encierro. Y es verdad, *credo!* Me he creído en el dia de mi primera comunión y me he encontrado desecho en lágrimas. Hacía cuarenta y cinco dias que estaba privado de tan rico bien, de mi único tesoro!

« Me encierro en el cenáculo, y mucho desearía, despues de estos dias que nos separan de Pentecostés, volver á ver la luz del cielo. De aquí allá, cuantos acontecimientos pueden surgir! Tocamos en el último extremo de la crisis, pero si se prolonga, podemos temer lo mas abominable. No puedo impedirme sin embargo el estar muy impresionado de hallarme ligado á circunstancias tan graves. Pero aquí hacemos un buen retiro que nos facilitará la entrada en la eternidad. Desde el primer dia me he encontrado dispuesto á todos los sacrificios. Porque tengo la dulce y fuerte confianza, que si Dios hace de nosotros, sacerdotes y religiosos, rehenes y victimas, serémos inmolados *in odium fidei, in odiun nominis Christi Jesu.* (1)

« Roguemos, roguemos mucho, dispuesto á vivir, si place á Dios, á morir si á Dios es agradable, como buen hijo de nuestro bienaventurado Padre S. Ignacio. »

Feliz pluma que se quebró despues de estas últimas líneas!

17 de mayo. — Ahora nos quedan ya pocos dias y pocas cartas. Nuestros correspondientes de Mazas van á faltarnos.

Sin embargo el P. Caubert, privado poco ha de las larguezas divinas escribe todavía:

---

(1) En ódio á la fe, en ódio al nombre de JESUCRISTO.

«Preciso es reconocer palpablemente que es verdaderamente Dios quien nos dá el valor en nuestras pruebas, de otro modo el valor se consumiría pronto. Por lo que á mí toca, tengo necesidad de recurrir á menudo á la oracion para renovar el mio, como sucede con un mal reloj al que es necesario darle cuerda á menudo. En una vida desocupada, aislada, secuestrada, llega pronto el aburrimiento. En vano se forma un reglamento, no se puede siempre leer ó rezar. Durante mi retiro que he hecho durar tres semanas, no tenia mucho tiempo de notarlo, pero despues, no estoy ya sostenido por la misma dósis de oracion. Comprendeis que en esta vida monótona, por poco que Dios misericordioso oculte su presencia (lo cual suele suceder, á fin de hacer la prueba mayor) se deben sentir á menudo los desmayos de la naturaleza. Pero es precisamente el sentimiento de esta debilidad el que nos encamina sin cesar hácia Dios. Admirable es el Señor en su manera de sostener al alma con sus mismas debilidades. Nuestra debilidad es como un lazo que nos sujeta á su fuerza y como un atractivo que nos llama á su bondad infinita.

«Me decís que debo sufrir. Algo hay de verdad: pero si no se tuviera nada que sufrir, Dios no alcanzaría nada. Desea hacer misericordia á todos, pero quiere que se le ofrezcan, con este objeto, algunos sufrimientos sobrellevados por su amor. Ay! si uno estuviera libre, quizás (hablo por mí) se olvidaría con demasiada facilidad que la caridad nos exige el tener compasion de los pobres pecadores, y ofrecer algunos sacrificios á su intencion. Y despues el Sacerdote no es acaso el amigo de Dios y bajo este título, no debe sacrificarse para obtener la reconciliacion de sus hermanos con Dios, Padre de todos, Padre tan bondadoso y tan dado á la indulgencia, sobre todo cuando se vé

como importunado por las súplicas de un amigo? Unámonos pues en la oracion para hacer esta santa violencia á Dios, sobre todo en este mes, en que la santísima Virgen se encarga de presentar nuestros ruegos á su hijo Nuestro Señor JESUCRISTO y nos invita así á una confianza sin límites.»

18 de mayo. — No tenemos mas que algunas cortas líneas de la pluma del P. Olivaint, pero conservan bien su forma, es el mismo carácter y el mismo corazon hasta el fin. Se le habia preguntado la hora de sus comidas: Al mediodia mi comidita, contesta; á las siete, mi cenita; es decir he conservado el reglamento de comunidad; me viene mejor para mi retiro, y continuo de este modo viviendo como religioso á pesar de ... »

El 18 de mayo era la fiesta de la Ascencion « Escelente fiesta, apesar de los cerrojos! nada puede impedir al corazon el volar al cielo. »

Despues vienen dos billetes, uno dirigido al P. Lefebvre, otro al P. Chauveau:

«Gracias aun, escribe al padre Lefebvre. Con vuestras cartitas vivo aun que lejos con vos. Por el sentimiento de la familia, leo entre vuestras líneas muchas cosas que no pensais probablemente en decirme, y esto me hace bien al corazon.

«Qué deplorables acontecimientos! Como comprendo á las almas hastiadas de otro tiempo huyendo a desierto! Pero vale mas permanecer en medio de las dificultades y de los peligros, para salvar á tantos desgraciados del naufragio.

«Mi salud es siempre buena, y despues de cuarenta y seis dias, no estoy todavía fatigado de mi retiro; bien al contrario.»

En fin vamos á terminar con estas últimas palabras dirigidas al P. Chauveau: «Sí, tocamos al desenlace. Gracias á Dios! Tra-

temos de estar dispuestos á todo. Confianza y oracion! Cuán bueno es Nuestro Señor! Si supierais como, desde hace algunos dias sobretodo, me es dulce mi prisioncita! *Forsan et hæc olim meminisse jувabit.* Quién sabe si no la echaré de menos algun dia?

«Tiernos recuerdos á Armando; muchas cosas á todos; bendiciones á nuestros amigos y bienhechores! Creo que todos los nuestros aquí van bien. Lo que es yo me sostengo perfectamente. Todavía una vez, cuán bueno es Dios Nuestro Señor! — Vuestro de todo corazon...»

Oh! hermano mio, despues de esta palabra, bien podiais dejar de escribir.

Como los demás, el P. Caubert, al concluir, inclina la cabeza: «No pienso ya en contar el tiempo de mi cautiverio. Prefiero remitir todo esto entre las manos de Dios y abandonarle el cuidado de todo lo que me concierne. Sabe mejor que yo mismo lo que es mas útil para mi alma. Trato de recordarme á menudo que se le glorifica tanto mas cuanto mas se sufre por su amor y para cumplir su santa voluntad. En efecto sometiendo á las pruebas, se practica de una manera excelente el anonadamiento de sí mismo. No es acaso el mejor modo de probarle nuestro amor, reconociendo de este modo su soberano dominio sobre la criatura? No es acaso tambien por el sacrificio de uno mismo como se imita mejor á Nuestro Señor? Es verdad que mi alma no ha llegado todavía á esta perfeccion y amor tan puro y tan desprendido de todo. Pero es indispensable pasar por las pruebas para llegar á esta union con Dios. Es él quien las envía en su bondad, para purificar al alma y para romper los lazos que se oponen á esta union. Rogad para que yo saque este provecho de mi prueba actual.

«En algun lado debe encontrarse un pequeño crucifijo lleno de indulgencias, que sirve para hacer el viacrucis. Suplico que se me envíe.»

El P. Caubert obtuvo mas de lo que habia pedido. No era por la simple meditacion como iba á seguir á su Maestro en la via dolorosa. La hora suprema estaba próxima. Los acontecimientos se precipitaban de pronto. El 20 de mayo, el recinto de París era batido en brecha; desde el 21 era abierto y forzado: y Francia entraba de nuevo en sus dominios al recobrar su capital. En esta estremidad (nadie se hubiese apenas atrevido á creer esos últimos horrores), la Commune fué capaz de realizar lo que habia sido digna de concebir; impulsada por un instinto satánico, no para defenderse, sino para vengarse, se anegó en rios de sangre y se enterró bajo montones de cenizas.

El lunes 22 de mayo, se dió la órden de proceder inmediatamente, y sobre el campo, á la ejecucion de todos los rehenes encerrados en Mazas. Los prisioneros pudieron al menos sospechar el fatal decreto todavía secreto para ellos. En el mismo instante todo pareció ponerse mas y mas sombrío en la lúgubre mansion: los guardianes iban y venian, cambiaban entre sí misteriosas palabras, contestaban á las preguntas de los condenados con amenazadoras alusiones, ó con un silencio afectado, mas significativo todavía. Sin embargo hubo un último plazo: el director, por un sentimiento de humanidad, ó por un cálculo de prudencia, se atrevió á manifestar á la imperiosa Commune que una ejecucion en una casa de simple detencion seria un hecho contrario á todos los precedentes y á todas las formas. En su consecuencia, se ordenó suspenderla y trasladar todos los detenidos en Mazas á la cárcel de los condenados á muerte, á la Roquette.



Pero antes de unirnos al lúgubre cortejo, tenemos que contar una última escena, transición bendita entre el cautiverio y el suplicio.

Qué contraste, pero qué á propósito! Precisamente este día, la Providencia habia inspirado á la caridad; y se concluian misteriosos preparativos en el otro extremo de la capital. Muy pronto, hácia mediodía, dos mujeres débiles é intrépidas, se encaminaban á través de las vastas calles desiertas, con direccion á Mazas. Y qué es lo que llevaban?

El Dios de los mártires. Esta vez, todas las medidas habian sido bien tomadas, el reparto fué completo; cada uno de nuestros prisioneros recibia cuatro sagradas hostias, envueltas en un corporal, como en un sudario, encerradas convenientemente en una cajita, con el bolsillito de seda provisto de un cordon para ser llevado al cuello. Viniendo á semejante hora, JESUS parecia repetir á sus siervos su palabra de otro tiempo: *Iterum venio et accipiam vos ad me ipsum.* (1) «Vuelvo, no ya para permanecer entre vosotros sino para llevaros conmigo.»

En cuanto á nuestros cautivos, no han podido escribirnos, esta vez, para atestiguarlos su reconocimiento; pero los oigo todavía esclamar con el P. Olivaint: «Cuán bueno es Dios Nuestro Señor!»

---

(1) Joan XIV, 3.

## LA ROQUETTE Y LAS EJECUCIONES.

---

El martes 23 de mayo, un carcelero de Mazas nos hacia llegar un billete concebido en los siguientes términos: «Con gran pesar os remito vuestras cartas, porque aquellos señores no están ya en Mazas. Están en la Roquette desde ayer noche á las nueve. A mi llegada, he tenido la gran desgracia de saber esta mala noticia. Desde mi infancia, no habia llorado, pero lloré ayer. Apesar de esto, me consoló un poco el ver que M. Ducoudray me habia enviado un saludo por un compañero.»

Casi todos los rehenes fueron pues trasladados á la Roquette, conforme á las órdenes de la Commune, el lunes 22, á una hora bastante avanzada de la noche: algunos sin embargo, no pudieron serlo hasta el día siguiente: la medida era tan repentina, que las carretas no bastaron para el número total de víctimas. Hubo sin duda para los prisioneros, que desde tan largo tiempo no habian visto todavía y ni aun conocian á todos sus compañeros de infortunio, un instante de dulce sorpresa y enternecimiento, cuando, bajados de sus respectivos calabozos y reunidos en el despacho vinieron á contarse y reconocerse: sacerdotes, religiosos y seglares se agrupaban al rededor del arzobispo de París.

El trayecto fué largo y doloroso. Los prisioneros en número de unos cuarenta, estaban amontonados en los furgones de tras-